POLIEDRO
REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE SAN ISIDRO

REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA
ISSN 2718-6318
Año V | Número 19 | Diciembre 2024

La educación superior en la era digital avanzada [1]

Enrique Del Percio
enriquedelpercio@yahoo.com.ar

[1] Conferencia pronunciada el 12/11/24 en la Universidad Bausate y Meza del Perú, con ocasión de ser investido Doctor Honoris Causa

Me embarga una profunda emoción por recibir esta altísima investidura, no tanto por la distinción en sí, que por cierto me enorgullece y mucho, sino por recibirla en esta prestigiosa Universidad Jaime Bausate y Mesa de manos de este querido maestro, colega y amigo a quien tanto admiro y respeto, doctor Roberto Mejía Alarcón, a quien agradezco su generosa propuesta, así como a todo el Consejo Universitario. Y digo que también me llena de orgullo recibirla en esta casa, pues más allá de los jóvenes dieciséis años que hoy estamos celebrando, esta institución continúa una tradición nacida incluso antes de esa suerte de "precuela" según la que su historia se habría iniciado el 12 de abril de 1930, cuando la Comisión designada por la Asociación Nacional de Periodistas del Perú decidió crear la sección de periodismo en la Universidad Nacional de San Marcos. Sostengo que se remonta a instancias anteriores, pues en su nombre ya hay toda una definición. Cabe recordar que Jaime Bausate y Meza no solo fue el fundador de *El Diario de Lima, curioso, erudito, económico y comercial*, sino que también participó, junto a Manuel Belgrano, de la fundación del primer periódico rioplatense: *El Telégrafo Mercantil, Rural, Político y Económico del Río de la Plata*. Esto puede ser una sorpresa para muchos argentinos, pues en mi país se le conoce a don Jaime Bausate por su nombre de bautismo: Francisco Cabello, siendo este el nombre que, en su honor, lleva una de las calles más bonitas de Buenos Aires. Sin dudas, este notable castellano criado en Extremadura, recibido de abogado en Lima y a quien también encontraremos en Sevilla condenando la invasión napoleónica, constituye un símbolo de los lazos que nos unen en la Patria Grande y refleja cabalmente el espíritu pionero que anima a esta querida Universidad desde sus mismos orígenes, dotándola de las virtudes de esa noble tradición latinoamericanista.

La tradición no es la ceniza de la nostalgia, sino el cimiento firme del futuro. Esos firmes cimientos nos permiten asumir el reto de pensar juntos cómo afrontar los desafíos que se le presentan a la educación superior en la era digital avanzada. Propongo que procuremos evitar la tentación de centrarnos en datos, noticias y declaraciones recientes de los *tecnogurúes*, por la sencilla razón de que es muy posible que todo eso se haya tornado obsoleto antes de que reciban su título quienes hoy están ingresando a nuestras aulas. Esto nos permitirá situarnos a una saludable distancia tanto de quienes pregonan posturas apocalípticas tan falsas como cautivantes, como de quienes predican un optimismo ingenuo, consciente o

inconscientemente al servicio de poderosos intereses económicos y políticos. También, en mi caso personal, me pone al abrigo de cometer la imperdonable petulancia de hablar aquí de los peligros de la manipulación digital y los riesgos para la democracia derivados de ella. Estamos en una de las universidades líderes en materia de comunicación, por lo que en esa temática (como en tantas otras) solo me cabe callar para escucharles a ustedes.

De lo que sí creo que vale la pena conversar, es de los cambios sociales de largo alcance que se están dando tanto fuera como dentro de la universidad, en razón del impacto de las novísimas tecnologías. Uno de los aspectos centrales que conviene tener en cuenta es que la inteligencia artificial generativa es sólo eso: inteligencia, siendo que los seres humanos somos algo más complejo que una mera capacidad de adquirir y vincular conocimientos. Como nos decía el Papa Francisco a los rectores latinoamericanos cuando nos recibió el 21 de septiembre del año pasado, debemos evitar el error iluminista de formar sólo cerebros, olvidando las manos y el corazón. Pues bien, con ese marco conceptual comenzamos hace algo más de un mes a articular esta exposición en torno a la necesidad de recuperar la emoción, los sentimientos, el contacto con los demás, el descubrir el sentido profundo de saber que somos en relación con nosotros mismos, con los otros y con la Pachamama, y mientras nos poníamos a componer estas reflexiones, el Santo Padre nos regala una encíclica fuera de serie, en la que, entre otras enseñanzas, nos recuerda que "el algoritmo en acto en el mundo digital muestra que nuestros pensamientos y lo que decide la voluntad son mucho más *estándar* de lo que creíamos. Son fácilmente predecibles y manipulables. No así el corazón." Creo que acá está la clave para pensar el sentido de la universidad en nuestro tiempo. En un mundo donde pareciera que nada tiene sentido, nos sigue diciendo Francisco, "cuando nos asalta la tentación de navegar por la superficie, de vivir corriendo sin saber finalmente para qué, de convertirnos en consumistas insaciables y esclavizados por los engranajes de un mercado al cual no le interesa el sentido de nuestra existencia, necesitamos recuperar la importancia del corazón".

Dicho esto, creo que tenemos que evitar un error muy frecuente en esta materia, como en tantas otras: el voluntarismo, pensar que alcanza con ponerse serios y hacer afirmaciones del estilo de que "para que la educación cumpla su propósito

debemos recrear una cultura del esfuerzo, de la organización, de la solidaridad y debemos recuperar la autoridad del docente". Todo eso es cierto, pero ¿alcanza con decir "debemos" sin plantearnos el *cómo* ni el *quién*? Más aún: ¿es asequible ese objetivo?

La universidad que conocemos hoy es producto de la revolución industrial y de la francesa. Ya sea en su modelo napoleónico, humboldtiano o anglosajón, en última instancia se desarrolla en íntima unión con las instituciones que conforman las sociedades occidentales a partir de esos dos acontecimientos: el ejército y la industria. Ejército e industria que requerían ingentes cantidades de hombres para luchar en el campo de batalla y para trabajar en la fábrica o en la oficina. Eran precisas, pues, familias muy numerosas para proveer la necesaria carne de cañón y la indispensable mano de obra. El lugar de la mujer estaba dado por la maternidad, por su función de reproducir soldados y operarios, no sólo la reproducción biológica, sino que también tenía a su cargo la reproducción de pautas y conductas. El varón, por su parte, era el encargado de proveer lo necesario para la supervivencia material así como de poner orden en última instancia dentro de la casa. Su palabra era la ley inapelable en el hogar, ley que basaba su fuerza en el hecho de que, al ser el proveedor, podía dejar sin sustento a quien le desobedeciera; pero además de la fuerza estaba también la legitimidad que otorgaba su esposa ante sus hijos: hay que obedecer a papá porque él sabe por qué dice lo que dice. También ella estaba formada en la obediencia al marido, pues es lo que había internalizado en su familia de origen. Ahora bien: el hombre había aprendido el ejercicio de la autoridad en parte en su propio hogar siendo hijo y luego, obviamente, en el ejército y la industria. Desde las guerras napoleónicas a inicios del siglo XIX y hasta la guerra de Vietnam, prácticamente todos los varones del hemisferio norte habían tomado las armas y los de nuestras playas habían hecho el servicio militar: es decir, habían aprendido la autoridad del sargento. Y en la fábrica, aprendían el ejercicio de la autoridad del capataz. Por tanto, en la casa, los chicos estaban sometidos desde su nacimiento a la autoridad de ese padre que, en no pocas ocasiones, más que un padre tierno y afectuoso, era una suerte de sargento y capataz que transmitía los valores que había aprendido en, reitero, el ejército y la industria. Es decir: la obediencia a la autoridad, el espíritu de sacrificio, la organización y la solidaridad. Así, las nuevas generaciones crecían asumiendo como

naturales esos cuatro principios, ya que en su casa debían obedecer a sus padres sin cuestionar, se esforzaban para conseguir alguna recompensa, asumían la organización necesaria en una familia de diez hijos donde cada uno debe desempeñar una tarea y, aunque dentro de casa vivan peleando, hacia afuera eran solidarios con sus hermanos así como sus hermanos lo eran con ellos. Al crecer, seguía manteniendo estos valores, con prescindencia de su profesión o de su orientación política. Sindicatos, cámaras empresariales, colegios profesionales, partidos políticos de izquierda, centro, derecha o lo que fuere, estaban integrados por hombres (muy raramente por mujeres) capaces de esforzarse para lograr un objetivo, que tendían a organizarse, respetando a quien asumiera la conducción y asumiendo las tareas que la organización le encomendase.

Pero esto ya no existe más, pues estamos en sistema que privilegia al consumo, que necesita del consumo conspicuo para subsistir, y el consumo se lleva mal con esos cuatro valores que venimos señalando. Antes de continuar desarrollando este razonamiento, es menester advertir que no vamos a criticar toda forma de consumo, sino al consumo conspicuo. Una cosa es consumir cosas para vivir mejor y otra cosa es vivir para consumir cosas. Dicho esto, retomemos el hilo de nuestra reflexión para comprobar que cada uno de aquellos valores es disfuncional al sistema consumista. En efecto, dejaremos de fomentar el esfuerzo, pues cuanto menos esfuerzo se tenga que hacer para consumir, mejor. Lo que ubica a la gente más arriba o más abajo en la escala social es lo caro de los productos o servicios que consume, sin importar cómo consiguió ese dinero. Con respecto al respeto y obediencia a la autoridad, supuestamente nadie me dice qué debo consumir, no hay autoridad que deba respetar sino mi propia voluntad de consumir (dejemos para otra ocasión el problema de la manipulación del deseo, que nos hace creer que somos libres cuando estamos, en realidad, obedeciendo estrictamente los dictados del sistema). El consumo no requiere organización, sino que se beneficia de que cada individuo aislado compre constantemente lo primero que tenga ganas. Por último, y quizá lo más importante: ser solidario no sirve, el consumo genera una personalidad profundamente egoísta, el consumidor quiere tener el celular que el otro no puede tener, precisamente por eso, porque el otro no puede alcanzarlo.

Llegados hasta acá, volvemos a correr el riesgo del voluntarismo: no faltarán quienes digan "hay que volver a vivir con lo necesario, debemos dejar de consumir lo superfluo". Bien. Es cierto. Pero debemos recordar que no basta con decir que dejemos de consumir para que la gente deje de hacerlo. Tampoco se trata de buscar los culpables de que hayamos llegado a esta situación para eliminarlos y, así, volver a la situación anterior. Nos gustaría poder parafrasear a Vargas Llosa y en lugar de preguntar ¿cuándo se jodió el Perú?, preguntar ¿quién jodió a la la humanidad? y tener la respuesta, pues entonces bastaría con acabar con esos, los culpables. Muchos creen saberlo y se sienten felices de poder afirmar taxativamente: son los curas, los sindicalistas, los políticos o el patriarcado. Tal como ocurre con las teorías conspirativas, esto genera en quien lo cree una sensación de tranquilidad, pues supone que todo tiene una explicación simple y fácil de comprender, siendo él lo suficientemente sagaz como para conocer las causas de todo. Pero lamentablemente no es así. Confieso que cuando yo militaba políticamente, creía saber quién tenía la culpa de casi todo. Cuando dejé la política, precisamente por tener más dudas que certezas, creí que estudiando la estructura de dominación iba a recuperar alguna certeza. Pues no, sigo lleno de dudas, pero sí he aprendido algunas cosas, por ejemplo, que es tan falso pensar que alcanza con proponerse acabar con los responsables de la situación actual para que todo mejore por sí solo, como pensar que la historia está determinada, que nada podemos hacer los seres humanos concretos por cambiar la realidad. ¡Claro que podemos hacer cosas! Pero tenemos que tener la humildad suficiente como para aceptar nuestras zonas de ignorancia y, aún así, lanzarnos a la acción.

Seguramente a esta altura alguien se estará preguntando si acaso no nos hemos desviado del tema que nos convoca: ¿no íbamos a hablar de la universidad en la era digital avanzada? Pues bien: precisamente de eso se trata. Teníamos una universidad que daba por sentada la cultura del esfuerzo, la disciplina, la organización y la solidaridad. Pero el impacto de las tecnologías informáticas y comunicacionales en el último cuarto del siglo pasado inició una transformación que hoy se acelera notablemente en razón de la aparición de la inteligencia artificial generativa. Para decirlo en forma sintética aunque no del todo correcta: los drones van reemplazando a los soldados y los programas informáticos a los operarios. Por consiguiente, reitero, como resultado de la aplicación de esas tecnologías al ámbito

bélico y al ámbito productivo ya no se requiere la masividad en el ejército y la industria. De hecho, quizá por primera vez en la historia, la casi totalidad de los varones occidentales no ha participado nunca de una guerra y la gran mayoría no ha hecho siquiera el servicio militar en forma obligatoria. Asimismo, las grandes industrias fabriles emplean cada vez menos trabajadores, los que -no solo en Perú- engrosan las filas de los trabajadores informales, así como los empleos solitarios generados por las aplicaciones como Uber o Glovo, en que no hay contacto con compañeros de trabajo, empleadores o clientes en forma estable. Es decir, el ámbito laboral deja de ser el espacio solidario y de socialización fuerte que era en la etapa anterior. Lo mismo cabe decir del ámbito residencial: ya nadie vive toda la vida en el mismo barrio, ya no se comparte con los vecinos esa convivencia que generaba tantos vínculos, saludables algunos y no tan saludables otros, pero vínculos al fin.

Dejamos para el final el cambio más drástico: el que operó en el ámbito familiar. Si bien la mayoría de las familias en nuestra América Latina siguen siendo numerosas, hubo un cambio radical en las familias de estratos medios y altos urbanos que, aunque minoritarios, son los que imponen las pautas culturales y, por tanto, de producción y consumo. En este espacio el sistema requiere que se tengan menos hijos, pues no solamente no se sabe qué hacer con tanta gente que no encontrará empleo, sino que una familia numerosa no va a gastar mucho dinero en consumo de bienes o servicios de alto valor agregado. En efecto, difícilmente una familia de clase media con diez hijos pueda cambiar de aparato de televisión o de automóvil con la frecuencia requerida por la estructura productiva, o rara vez irán a cenar a un restaurante o se tomarán vacaciones en un *resort*; por eso, se van imponiendo en esos sectores los llamados DINKs (*Doble Income No Kids*: doble ingreso sin hijos) o SINKs (*Single Income No Kids*: un solo ingreso sin hijos). De este modo, el hijo que nace es hijo único, sobrino único, nieto único. No tiene hermanos con quienes disputar ni con quienes ser solidario, pero sus padres tampoco tienen muchos familiares ni amigos íntimos del barrio o del trabajo, por las razones expuestas. Toda la familia gira, pues, en torno al niño que crece siendo el centro del universo, recibiendo toda clase de regalos aún antes de solicitarlos y, por ende, acostumbrandose a tenerlo todo, sin ninguna capacidad para enfrentar la mínima frustración. Esta dificultad del niño en relacionarse con los demás e, incluso, para relacionarse con las cosas, ya que apenas tiene algo quiere otro objeto, esta

dificultad, decimos, está en la base del principal problema de salud que afecta hoy al sector infantil y juvenil en occidente: los trastornos mentales, en especial ansiedad, depresión, consumos problemáticos y dificultad para controlar emociones violentas. Estas son las formas desesperadas en que nuestra psiquis nos recuerda que somos seres en relación, que no podemos vivir aislados, vinculados solamente con quienes nos dan *likes* en las redes sociales. Así es como se va conformando la llamada "generación de cristal", caracterizada por la hipersensibilidad y la dificultad de lidiar con la frustración. Esta es la realidad con la que tenemos que trabajar. Seguramente no es la que querríamos, pero es la que hay. Tampoco es mucho peor que la realidad en la que se forjó la personalidad autoritaria tan bien descripta por Theodore Adorno y que dió lugar a los totalitarismos del Siglo XX. Es que, en definitiva, como decía Borges, a nosotros, como les pasó siempre a todas las gentes, nos tocó vivir en una mala época. Mas, también es cierto que no todas las épocas fueron igualmente malas; ciertamente las hubo peores y, aún en estos tiempos aciagos, encontramos signos que, si bien no nos alcanzan para ser optimistas, son suficientes para consolidar nuestra esperanza.

Por un lado, si bien el ejército y la industria forjaban una personalidad esforzada, organizada y solidaria, también formaban gente insensible al dolor, tanto al propio como al ajeno, gente que despreciaba la diferencia, pues todos los soldados y los operarios debían ser lo más parecidos posibles, uniformados por fuera pero también por dentro, lo suficientemente viriles y recios como para alcanzar el objetivo impuesto por los líderes al precio que fuere. En Argentina y en México era frecuente denominar a los líderes industriales durante el siglo XX como "capitanes de la industria". Un capitán debe llevar a su barco a puerto sin importar qué ocurra con sus marineros, del mismo modo en que un general debe ganar la batalla sin importarle los muertos. ¡Qué diferencia con el buen pastor, que cuida de cada una de sus ovejas! Estamos ante estilos de liderazgo muy distintos, pero el estilo de liderazgo no es una creación artificial, sino que inhiere a cada tipo de sociedad: es la sociedad la que elige al líder y no a la inversa. Aquí ya tenemos una primera pista de un signo de esperanza: esos mismos chicos egoístas, narcicistas, que tienen la hipersensibilidad a flor de piel y se llenan de pena cuando no tienen la suficiente aceptación en las redes sociales, tienen también una sensibilidad especial para cuidar a su mascota, para tornar usual un concepto relativo al cuidado de sus

compañeros como es el *bullyng*, en especial aquel del que es víctima el diferente. (Pensemos que esa palabra ni siquiera existía hace treinta años y hoy ya hacemos mediciones de *bullyng* en el sistema educativo nacional) Especial importancia tiene el cuidado de la Casa Común: ni a la industria ni al ejército le importa un bledo destruir lo que hiciere falta para conseguir el objetivo. Hoy son cada vez más los oídos atentos al grito de la tierra.

En todo este proceso, hay un factor que ha sido determinante: la incorporación de la mujer al sistema productivo como actora y no como mera reproductora. En efecto, dado que las nuevas tecnologías tornaron disfuncionales las familias numerosas y, a la vez, el sistema requirió que haya mayores ingresos en el hogar, se fomentó el trabajo femenino fuera de la casa. A tal fin, se diseñaron múltiples estrategias, desde la píldora anticonceptiva hasta la minifalda en reemplazo del escote como prenda para convocar la mirada: es decir, las piernas (símbolo del dinamismo que se le exige a la mujer que trabaja en forma independiente) en reemplazo del símbolo anatómico de la maternidad. Esto impactó de un modo inesperado en las relaciones de toda la sociedad. Pensemos que antes el capataz (muy recio y viril) recibía órdenes del ingeniero industrial que, a su vez, respondía al capitán de industria (muy recios y viriles ellos) y transmitía esas órdenes a sus operarios, también muy recios y viriles. Todos obedecían y, si había algún desacuerdo, se manifestaba como lo deben hacer los hombres: con insultos o a golpes de puño. Pero cuando entra en escena la mujer, ocurre algo extraño: el capataz le da órdenes de modo enérgico… y ella se pone a llorar. Imaginemos el desconcierto que esto provoca en el ámbito laboral. Esto que parece una simple anécdota, es mucho más que eso. La aparición de la psicología laboral y el progresivo reemplazo del ingeniero industrial por el (o la) licenciado en relaciones laborales es solo un indicio de la importancia de este cambio. No casualmente es un varón quien se queja de esto en una obra capital para entender estos temas, me refiero a Richard Sennet, quien en *La corrosión del carácter* explica con pluma maestra "el contraste entre dos ámbitos de trabajo radicalmente distintos: el antiguo, en vías de desaparición, un mundo de organizaciones jerárquicas rígidas, donde se esperaba de los trabajadores una identidad firme, una personalidad formada, y el nuevo mundo de empresas en permanente crecimiento y cambio, un mundo de riesgo, de extrema flexibilidad y objetivos a corto plazo, donde se exigen

individuos capaces de reinventarse a sí mismos sobre la marcha". En palabras de Richard Rorty, "Sennett sostiene con argumentos convincentes que la creciente inseguridad experimentada por los trabajadores hace que sea imposible para ellos lograr una identidad moral". Pues bien, tampoco es casual que sea una mujer como Eva Illouz, quien en varias de sus obras, pero en especial en *La salvación del alma moderna* ponga en cuestión las ventajas de aquel modelo de estructuración de la personalidad y señale los aportes que significa la irrupción de la mujer en el mundo del trabajo. Tampoco es casual que Eva Illouz tome como referencia a otra mujer, como es el caso de Martha Nussbaum, que con su teoría cognitiva de las emociones ha señalado con palmaria claridad la importancia de tener en cuenta esta dimensión humana constitutiva de la identidad y que no solo no se opone a la racionalidad, sino que puede perfeccionar el conocimiento de la realidad.

Esa realidad se cambia a partir de la realidad existente. No hay lugar ni para el voluntarismo de pensar que alcanza con querer transformarla, ni para la resignación de quien cree que nada se puede hacer. Para transformar la realidad es menester tomar muy en serio los signos de los tiempos. Asumir el narcisismo y ayudar a cada estudiante a descubrir, desde esa condición narcisista, que solo puede realizarse dando, ayudarle a descubrir la falacia de distinguir egoísmo de altruismo, pues es dando como somos más felices, ayudarle a descubrir que nadie se salva solo. Cualquiera que haya experimentado la alegría de hacer un regalo y ver la felicidad reflejada en el rostro de quien lo recibe, entiende de qué estamos hablando. Es posible asumir también esa sensibilidad y trocar la conciencia de la propia vulnerabilidad en una emoción solidaria, por saberse tan frágil como el resto de la humanidad y de la naturaleza. Descubrir que no somos los dueños de nuestro cuerpo, como cree alguna filosofía étnica blanca, sino que estamos siendo nuestro cuerpo y por tanto dependemos de quienes nos proveen el alimento, el vestido, la vivienda, pero dependemos también de la Pachamama que nos provee el maíz y el agua, el lino y el algodón, el barro y el metal. Como se advierte, se trata de entender la época y pasar de una educación arquetípicamente masculina a una arquetípicamente femenina: pasar de la conquista del mundo al cuidado de la Casa Común. O, quizá, se trate de que así como hubo una época en que se buscaba al padre autoritario y se lo encontraba en el sacerdote, el militar o el líder totalitario, dando lugar a una posterior en que se desató el deseo de matar al padre, de acabar

con la escuela, el hospital, la policía y cualquier institución disciplinaria que tuviese algún resabio de ese padre, hoy, ante la ausencia de esa figura, quizá estemos presenciando un deseo inconsciente de tener un padre, pero un padre que sea capaz de maternar. Y algo de esto, creo, nos están pidiendo nuestros estudiantes en el aula.

No debemos, pues, asustarnos ni horrorizarnos ante la crisis de los valores indispensables para la vida en común como son, recordemos, el esfuerzo, el respeto a la autoridad, la organización y la solidaridad. Pensemos, en cambio, conforme las circunstancias, en como reconstruir esos valores pero no con el objetivo de aniquilar el ejército enemigo o de producir todo a cualquier coste. Una educación basada solamente en esos valores ya es cosa del pasado. Ya no podemos seguir pensando en la carrera de abogacía y no mencionar las emociones que pueden llevar a realizar cualquiera de las acciones que ponen en movimiento el aparato jurisdiccional en materia de derecho penal, de familia o de propiedad, ni tampoco podemos hacernos los distraídos y pensar que los jueces son absolutamente inmunes al influjo de las emociones. No podemos seguir enseñando arquitectura sin pensar en las emociones de quienes habitan las casas, o enseñar medicina sin tener en cuenta las emociones del paciente. Pero, sobre todo, no podemos seguir enseñando sin que el estudiante descubra la emoción de aprender y sin descubrir nosotros la emoción de aprender *junto a* nuestros estudiantes y, muchas veces, de aprender *de* nuestros estudiantes. Pensando desde las carencias podemos contribuir a construir un mundo en que quepan muchos mundos. Pensando desde las faltas de empleos que genera la inteligencia artificial podemos pensar en los nuevos trabajos que va a demandar el cuidado. Que la tecnología se encargue de los aspectos mecánicos de la labor, para que queden para los humanos la emoción de saberse irreemplazable, de saber, como dice el Papa "que, en último término, yo soy mi corazón, porque es lo que me distingue, me configura en mi identidad espiritual y me pone en comunión con las demás personas".

Llegando al final de esta exposición, les propongo que nos hagamos una pregunta que, no por reiterada, deja de ser fundamental: ¿cuál es el sentido de la educación superior? Obviamente, las instituciones hegemónicas en cada período histórico o en cada ámbito geográfico plantearon una universidad a su servicio, se tratare de

la Iglesia, del Estado o del Mercado. Esto no aconteció por una decisión perversa de nadie, sino por una constante sociológica: toda institución nace con el objeto de prestar un servicio a sus miembros o a terceros, pero a poco de andar la institución se vuelve un fin en sí misma. Así, la universidad ha formado defensores de la fe siguiendo los propósitos de la Iglesia, funcionarios y profesionales idóneos siguiendo los del Estado o administradores y científicos capaces de hacer crecer las ganancias del Mercado. Nada de esto es reprochable, al contrario. El problema es que se pierda de vista para qué defender la fe, formar profesionales o incrementar ganancias, si no es para vivir mejor. En última instancia, la misión de la universidad sigue siendo la generar y proveer los saberes y conocimientos capaces de mejorar la vida de cada persona, asumiendo que nadie se realiza si no es en una comunidad que se realiza. En definitiva, como nos enseña nuestro querido maestro don Roberto Mejía Alarcón, "la educación superior debe facilitar con una formación profesional la preparación de científicos, abogados, médicos, ingenieros... pero por sobre todas las cosas y antes que todo, personas humanas capaces de concebir el ideal de gobierno de su propia vida y el anhelo, casi utópico, de forjar una sociedad justa, libre y digna". ¡MUCHAS GRACIAS!